

LA ALTERIDAD EN LA DIMENSIÓN AMBIENTAL

Reduccionismo moderno y propuesta postmoderna

1. INTRODUCCIÓN

Uno de los conceptos que ha generado más discusión dentro del ámbito de la construcción del saber ambiental, y, concretamente dentro de las discusiones del grupo que actualmente elabora el proyecto **VIOLENCIA Y MEDIO AMBIENTE (IDEA Universidad Nacional, Sede Manizales)** es el concepto de **cultura**. La discusión epistemológica sobre la construcción de este concepto, en lo ambiental, nos lleva a presentar en este número de NOVUM una primera aproximación filosófica a la reflexión sobre el papel consolidador de la cultura como plexo de fenómenos del mundo simbólico, como urdimbre elaborada en la trama del mundo de la vida, que permite la identidad y diferencia de los grupos sociales en relación de alteridad con los ecosistemas.

Si la cultura en su sentido más originario es la ilusión de una especie de “separación” del hombre respecto a la naturaleza, el objeto esencial de esta investigación debe ser la lectura comprensiva de las relaciones que como un denso plexo de tejidos, se estructuran de manera dinámica entre el mundo natural (ecosistémico de aquí en adelante) y el mundo simbólico (cultural de aquí en adelante) construido de manera diversa en nuestras regiones.

La explicitación histórica del concepto de cultura, se ha dado por la construcción de horizontes donde el arte, la ciencia, la religión, la tecnología y en general, la cotidianidad, se presentan como mundos alternos de carácter simbólico, que dialogan con la naturaleza biológica, es decir, que surge a partir de la relación compleja entre los hombres, las comunidades, la sociedad, los asentamientos humanos, y el ecosistema. Por ello, el macrofenómeno de la cultura en sus diversas manifestaciones y en el sentido holístico que determina el componente conceptual del proyecto sobre Violencia y Medio Ambiente, es, necesariamente la **crisis** o movimiento de valores y antivalores, sistemas cerrados y sistemas abiertos, orden y caos de determinadas culturas oficiales y “contra-culturas”.

El manejo histórico del mundo simbólico, la interpretación del horizonte cultural tanto urbano como rural de la región llamada eje cafetero, amerita ante todo una construcción discursiva de las imágenes que se expresan de manera inmediata, pero que es necesario interpretarlas y comprenderlas teóricamente para poder leer desde dicho contexto el sentido del manejo de identificaciones y diferenciaciones culturales que se manifiestan en nuestras comunidades. Como el contexto no es lineal sino complejo, para referirnos a él utilizaremos el concepto de horizonte cultural y para

* *Filósofo, Escritor, Investigador en el proyecto Violencia y Medio Ambiente, Universidad Nacional de Colombia Sede Manizales, IDEA.*

** *Profesora Titular Universidad Nacional de Colombia, Departamento de Ciencias Humanas. PhD en Filosofía de la Educación Estético Ambiental, Brasil Campinas. Coordinadora del proyecto en Violencia y Medio Ambiente IDEA.*

referirnos a la trama de fenómenos de orden significativo que intervienen en la construcción del horizonte o contexto cultural, utilizaremos como ya lo hemos hecho arriba, el concepto de plexo de sentido.

El plexo cultural de nuestra región tiene un movimiento que va de lo regional a lo universal y de lo universal a lo regional, componentes que a su vez, han tenido un movimiento histórico. Por ello, el sondeo permite la elaboración de una lente que permite la mirada multidireccional de las racionalidades que se han cruzado en las construcciones sociales, políticas y económicas de nuestras culturas. De la misma manera, nos permite interpretar los símbolos y elementos significacionales propios de los niveles inconscientes de los imaginarios colectivos y de las contraculturas. Este sondeo crítico de lo ambiental urbano y rural, a partir de la diversidad de las regiones, nos permite integrar lo que se ha mirado de manera separada o separa lo que por determinaciones de la cultura oficial, se ha homogeneizado a ultranza.

Este movimiento de la reflexión implica una comprensión más responsable, si así podemos decirlo, de la identidad y de la diferencia de los diversos tejidos del plexo cultural de nuestras regiones, así como de la alteridad que representan los ecosistemas.

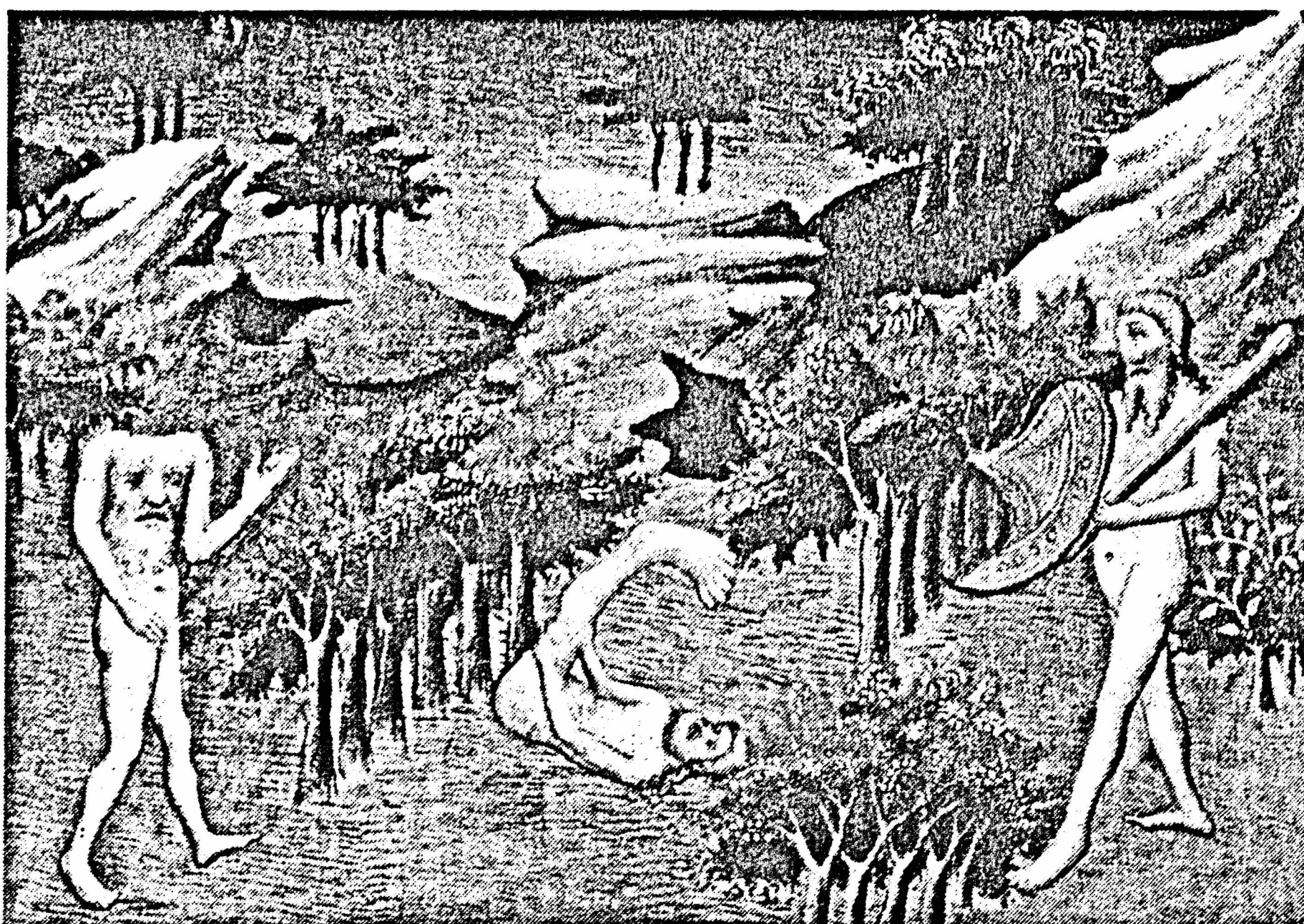
El concepto de **cultura moderna** en su sentido originario: paso del mundo sagrado al mundo profano; paso tortuoso, trágico y a la vez optimista por convertirse la razón humana en el centro de toda acción, determina lo ambiental urbano y rural de manera problemática. Son los fenómenos que se cruzan en lo ambiental, integrados en el concepto de cultura moderna, específicamente en el fenómeno de las violencias, los que se analizan en el proyecto.

El primer nivel de lectura del plexo cultural se realiza dentro del proceso genético-histórico. Allí se dilucida el movimiento de

conformación de las regiones, movimiento en el cual se interrelacionan los fenómenos políticos, económicos, sociales y simbólicos (arte, lúdica, poética, lenguaje).

En este nivel se interpretan los fenómenos de urbanización, de ruralización, de tecnificación de lo rural (agro), de ruralización de lo urbano, y de urbanización de lo rural, expresados en las diversas direcciones de la racionalidad en sus formas de modernización y su explicitación en la constitución de espacios urbanos tanto públicos como privados para el desarrollo de estas racionalidades, así como de la espacialidad rural, dentro de los procesos de modernización sin modernidad que se han dado en la región cafetera. Así mismo se irán comprendiendo a partir esta interpretación genético-histórica, los diversos modelos que han penetrado en nuestras regiones y las propuestas propias; su lucha, su fracaso o su victoria. Esto nos permite comprender la génesis de la identidad y la diversidad.

Las relaciones de las comunidades con sus espacios y monumentos, su identificación o extrañeza, son pauta para comprender los grados de pertenencia con su entorno físico-espacial. Se debe analizar entonces la forma de apropiación de estos espacios, y las posibles intervenciones en pro de la restitución de una manera dinámica cotidiana y vital donde el espacio adquiera significado pleno para las comunidades.



Entramos luego a trabajar con el método histórico hermenéutico que nos permite la lectura y reconstrucción de los textos simbólico-naturales. Una lectura crítica del mundo simbólico regional, dentro del texto nacional, permite encontrar otros niveles más intangibles del mismo mundo simbólico, que permite comprender lo tangible. Esta interpretación de lo intangible nos permite entrar, desde nuestra racionalidad discursiva en el mundo ético, estético y lúdico, es decir en el umbral de lo sagrado de la cultura.

2. EL CONCEPTO DE LA CULTURA MODERNA

A partir de la consolidación de la razón subjetiva, como base esencial de la ciencia y del conocimiento en general, la modernidad filosófica adquiere su sentido, y es el fundamento constitutivo de la ciencia. Al descubrimiento del *ego cogito* (yo pienso) cartesiano, el yo se escinde también en dos: el yo pienso (yo intelectual, base de todo conocimiento, sujeto ordenador del mundo por medio de la lógica) y el yo siento (yo natural, base de los sentimientos, de las sensaciones y de las voliciones). Este desgarramiento del yo, que se cree consolidado en la modernidad filosófica de la Ilustración, es una imagen del desgarramiento entre la naturaleza y el hombre.

El hombre, sujeto moderno ya no pertenece a la naturaleza³, sino que está por encima de ella, dominándola, calculándola, ordenándola, expresándola en términos de fórmula y de líneas estadísticas. La razón, muestra su superioridad frente a la naturaleza, aún en el arte, considerando lo bello, sólo como categoría del arte, o más bien de la filosofía del arte, y no de la naturaleza⁴.

El concepto de la cultura moderna, se construye, a partir de la modernidad filosófica, como la más

depurada expresión del espíritu (entendido éste como opuesto a materia, forma sensible) de tal manera que la relación inmediata con la naturaleza (entendida ésta, dentro de ese contexto como naturaleza biológica), por ejemplo la relación del hombre que trabaja la tierra para su sustento: el campesino, no es aceptada como una relación “cultura”. Así mismo, las relaciones más mediatizadas entre el hombre y la naturaleza, relaciones donde hay ya un desarrollo tecnológico, tampoco son cultura. Solamente caben dentro del término “cultura” las realizaciones del espíritu como son las artes, las ciencias, las religiones y las filosofías.

Otro aspecto que contribuye a concebir la idea de cultura como un anexo social, como algo que puede desecharse por sus débiles implicaciones en la vida cotidiana, en las relaciones económicas y sociales de los pueblos, es la interpretación maniquea⁵ de la propuesta marxista de comprender el mundo de la vida como un mundo dialéctico donde la infraestructura, base fundamental de la vida social (relaciones económicas y sociales de producción) sostiene la superestructura (mundo simbólico: arte, ciencia, religión, ideologías, moral). Esta interpretación, muy difundida en los años sesenta y setenta, le negó al arte, la posibilidad de ser interpretado desde su propia interioridad, y al hombre, la posibilidad de libertad artística. O el arte estaba sujeto a los principios sociologistas o no tenía ninguna función. El concepto de naturaleza también se redujo; no podía mirársela con “ojo romántico” ni “idealista” ésta era un recurso que debía ser explotado racionalmente para que las sociedades vivieran su utopía de igualdad social.

Así como arte y naturaleza, política y ciencia, ética y vida cotidiana eran escindidos por las diversas direccionalidades de la razón, la idea de cultura se manifestaba como un hecho aparte de los demás hechos históricos.

3 Crítica que realiza en primera instancia el gran filósofo de Amsterdam Spinoza, en su obra titulada *Ética*, primera posición moderna (y tal vez postmoderna) que augura ya las graves consecuencias de la escisión entre sociedad y naturaleza típicas de la Modernidad.

4 Cfr. Hegel. *Estética. De lo Bello y sus formas*. Madrid: Espasa Calpe, 1977, 5ª edición.

5 Nos referimos a las interpretaciones donde la filosofía marxista fue vista sólo como doctrina, y donde se esquematizó la bella idea de la dialéctica.

Es a partir de los esfuerzos del hombre occidental escindido, dividido interior y exteriormente por sus propios racionalismos políticos, económicos, científicos, éticos y estéticos, que se inicia una crítica radical desde la razón misma, a esas reducciones. Dicha crítica se ha encaminado a elucidar el origen de la reducción⁶ y por tanto, la revisión esencial recae en el concepto de cultura en general, y de cultura moderna en particular. Como primera medida, en la actualidad de la reflexión filosófica es necesaria la construcción de un nuevo paradigma que permita la integración, la



reconciliación crítica y compleja de lo escindido. Por ello, si la cultura como concepto se halla escindida de la vida cotidiana, así como la ética se halla escindida de las acciones diarias del hombre común, y la política pareciera ser un sistema incognoscible de la tecnologías burocráticas que sólo es conocido por un reducido número de personas, se hace necesaria la construcción de nuevos paradigmas conceptuales que integren la cultura a la vida cotidiana, la ética a las acciones diarias de los hombres y las instituciones, y

la política a las acciones de las comunidades en sus relaciones participativas y decisorias con el estado.

Una investigación sobre las expresiones y modos de ser ambientales de la región cafetera, debe tener en cuenta las diferencias regionales y locales, las articulaciones de esas diferencias, los elementos comunes que permiten la interpretación de símbolos tangibles e intangibles y la comprensión crítica de las determinaciones históricas que han consolidado esos diversos **modos de ser** ambientales así como perspectivas en las que pueden enmarcarse estrategias y acciones públicas.

3. MODERNIDAD Y CULTURA EN COLOMBIA

El concepto de modernidad, básico y fundamental en nuestro análisis, se despliega en la lectura de imágenes y referentes simbólicos en las diversas regiones, a partir de la génesis histórica de cada una de ellas. El hombre colombiano desde su origen se enfrenta a la situación de desarraigo, característica de todos los procesos de colonización. El colono busca tierras precisamente porque está sin tierra. Tiene objetivo de encontrar un espacio, una región, donde pueda realizar su propia historia y construir su identidad. Tomemos un ejemplo: la arriería antioqueña. Este es el primer fenómeno de sentido que permite establecer en la definición de “lo caldense” un elemento identificador. Lo que permite ciertas condiciones de definición de una identidad que se desmembra paulatinamente del lo “antioqueño” es el relativo aislamiento de Caldas, de los otros centros regionales del país por condiciones geográficas, que a su vez van a delimitar no sólo fronteras físicas fuertes, sino fronteras en el sentido cultural: lo caldense se estructura con base en elementos originales comunes dados fundamentalmente por la “antioqueñidad”, pero poco a poco se van estableciendo las diferencias, dadas por los elementos geográficos peculiares de la región, y por las determinantes de orden económico y social que van construyendo una identidad cultural cada vez más propia. Esto hace que lo “caldense” sea un

⁶ Cfr. Husserl E. *La Crisis de las Ciencias Europeas y la fenomenología trascendental*. En este hermoso trabajo de la madurez del filósofo, se muestra cómo la compartimentación, la escisión del ser, tiene su origen en el positivismo fisicalista.

concepto de frontera, como lo veremos más adelante y en general, para el manejo del concepto de región.

Si la cultura es la manifestación consciente de un mundo alternativo al mundo ecosistémico, si por medio de ella se mediatizan las relaciones de las sociedades con dichos ecosistemas, la conciencia de la normatividad estética, ética, política, científica y tecnológica, que regula estas relaciones, es la modernidad; todo aquello que escape al cálculo matemático, pertenece al ámbito de lo sagrado (es decir el mundo mítico, fantástico, ensoñador). Pero, si la modernidad también es la **actualidad que se crítica a sí misma**, por el movimiento propio de la razón⁷ la crítica radical a los reduccionismos de la razón, que en su origen es esencia de la racionalidad, no se ha agotado. Desde la reflexión filosófica, podemos construir nuestro concepto de cultura, y en general los nuevos paradigmas que permitan el reconocimiento del saber ambiental como un saber de un nuevo orden: la diversidad, la ambigüedad, la heterogeneidad, la diferencia y la alteridad.

Si con este concepto de modernidad, Europa inicia sus procesos de modernización dentro del movimiento mismo de la historia particular de las naciones y de la historia general del pensamiento, la importación de modelos extraños, que apresuradamente la burguesía criolla neogranadina tiene que realizar, para construir la ilusión de nación⁸ invade todas las formas de expresión oficial de la Nueva Granada. Arquitectura, artes plásticas en general, música, literatura, vida cotidiana de las clases adineradas, formas de educación, la misma política, la ciencia y la tecnología, son en su mayoría modelos importados que se traducen en la idea de desarrollo y modernización. Se instala el imperio normativo de la razón, en un mundo cuya esencia es el mito. Se inicia la contradicción que ha sentado las bases de fenómenos tan extraordinarios como la literatura y las artes plásticas colombianas y tan horribles como la

violencia en todas sus manifestaciones (política, social, psicológica y generalmente rodeada de anonimato e impunidad).

Con el imperio normativo de la razón, se da entonces, nacimiento a la separación entre fe y saber, mito y verdad, sueño y realidad. La conciencia de la separación entre el mundo sagrado y el mundo profano, es también la conciencia de la ausencia de lo sagrado, es decir, de lo inexplicable desde la lógica. Sin embargo, la modernidad en Colombia y en América, sólo existe como perspectiva dentro de otras perspectivas. La opción de centrar el sentido del mundo sólo en la razón subjetiva, es una opción que debiera tener en cuenta los límites inmensos de la razón, como lo ha demostrado la historia de la modernidad. Por otro lado, evadir las influencias, nexos y presencias de la modernidad en una de sus formas históricas llamada “procesos de modernización”, sería una actitud ingenua. El paradigma de la cultura moderna precisa ser reflexionado en sus manifestaciones institucionales y simbólicas que determinan la vida cotidiana de las regiones colombianas. Pero la lectura de imágenes nos debe llevar a la comprensión de la diversidad real que permanece presente en los imaginarios colectivos de nuestras regiones. A esa diversidad, que podemos llamarla “contracultural” por cuanto de raíz se diferencia de la cultura oficial que actualmente lleva el rótulo de “moderna”, va encaminado nuestro estudio, pues es allí donde desentrañaremos las perspectivas de acción para la construcción y reconstrucción de una integralidad ambiental.

Si bien los ideales de la ilustración en sus diversas manifestaciones, condujeron a que los representantes de la cultura moderna, sobre todo en el siglo XIX fueran optimistas del continuo progreso que tales ideas representaban, el siglo XX hereda no solo las obras del espíritu autorrealizado, sino también las peores manifestaciones de la barbarie en el centro mismo del desarrollo de esa cultura tenida como máxima⁹.

7 Cfr. Habermas J. *El discurso filosófico de la modernidad*. Buenos Aires: Taurus, 1989.

8 Y no solo de nación sino de individuo, democracia, libertad, etc.

9 Cfr. Echeverri G. Jorge. *Notas sobre cultura y postcultura. En el castillo de Barba Azul*. In Revista Novum # 9. Departamento de Ciencias Humanas, Universidad Nacional Sede Manizales.

Pensamos que uno de los factores del surgimiento del sentimiento generalizado de desilusión frente a la racionalidad omniabarcante es haber centrado el interés del conocimiento en la subjetividad, o dicho de otra manera, el humanismo ilustrado. Si en Europa, cuna de la modernidad científica y filosófica, esta racionalidad entra en una profunda crisis, en Colombia, reflejo en espejo¹⁰ de dicha modernidad, este pretendido humanismo se manifiesta en las formas de egolatría social, regionalismos absurdos, racismos profundos que han conducido a la marginalidad de grandes sectores humanos y al desconocimiento de nuestras propias tradiciones, folklore, y, en general de las producciones simbólicas que podrían garantizar un germen de identidad y de diferencia.

Quizás a Colombia, y a América Latina en general, les corresponda ser la respuesta a la crisis cada vez mas profunda de la modernidad; es probable que en nosotros esté el germen de reconciliar lo escindido desde que se inició la modernidad misma. El paraíso, idea originaria de la humanidad, y utopía universal, ya no es sólo una idea social. Sus principios ya no son únicamente los principios dogmáticos del cristianismo, ni tampoco los estrictamente racionales de la modernidad; la síntesis entre lo racional y lo fantástico, excede el discurso lógico sin excluirlo, pero permite la entrada en el mundo de lo extraño, lo sagrado. El paraíso como ideal exclusivo de la razón, cada vez se aleja más. “La fe puesta en la razón en movimiento, va perdiéndose paulatinamente; los procesos de modernización no responden a la idea originaria de modernidad. La democracia, idea política de la modernidad, por su sentido critico y dinámico, fascina a los intelectuales burgueses de Francia en el siglo XVIII, fascinación que los lleva a abanderar la más importante revolución política de la modernidad ilustrada: La Revolución Francesa. Y, sin embargo, una década después de dicha revolución, Francia es un imperio cuya cabeza es Napoleón. La contradicción se evidencia. Viene la decepción, cuyo más sentido criterio es planteado por los movimientos utópicos del

siglo XIX, y, principalmente por el romanticismo, actitud manifestada principalmente en el arte, pero que contiene en su seno la comprensión, desde la sensibilidad, de las consecuencias de la separación o caída definitiva. La añoranza de lo absoluto y el espíritu místico que se hace esencial al romanticismo, es la necesidad de volver al origen: Dios.”¹¹

En Colombia, la presencia de lo sagrado es parte esencial de la cotidianidad. Nuestra cultura, -no la cultura modernista oficial- es una perspectiva de perspectivas que se manifiesta en todos los ámbitos. No hemos renunciado a nuestro derecho a lo sagrado. No hemos renunciado a nuestro yo siento aunque, a decir verdad, tampoco hemos llegado al yo pienso en el estricto sentido filosófico. Es importante entrar a la modernidad, si esta significa reflexión; pero también es importante entrar en ella sin renunciar ni eludir nuestra condición de ser naturaleza primero que razón, sin olvidar que somos razón, gracias a la misma naturaleza, o dicho de otra manera: es de nuestra naturaleza, ser seres racionales, simbólicos y de lenguaje.

La integralidad de lo sagrado y lo profano está en la construcción de un nuevo concepto de cultura, que descentre la razón de la subjetividad y la coloque en la interacción comunitaria; que mire más las relaciones de dicha cultura con los ecosistemas y no los ecosistemas aislados o la cultura aislada: porque la cultura necesita de manera inmediata, esencial, originaria y genética de los ecosistemas. Sin ellos ésta no es posible. Es necesario reconocer de manera epistemológica, la dependencia absoluta del hombre con respecto a la naturaleza, a pesar de que se crea que es ella la que depende del hombre. La naturaleza no la entendemos solamente como lo biológico; la entendemos como universo infinito en expansión, donde la razón también está presente como copartícipe de dicho universo.

La reconciliación, la integración compleja consiste entonces en un giro radical, una especie de “revolución Copernicana” que vuelva a ubicar al hombre en

¹⁰ Es decir una imagen invertida de la razón misma.

¹¹ Noguera P. Modernidad, Cultura y Diversidad. En: Revista NOVUM # 9, 500 años de Historia. Departamento de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia Sede Manizales, septiembre de 1992.

el lugar que le corresponde. Si a Colombia dentro del concierto o desconcierto de América Latina el ha tocado pagar caro el egocentrismo de otras naciones, es un deber buscar la respuesta en Colombia misma. Nuestra cultura, manifiesta en todas las formas de cotidianidad, es una pauta que puede permitirnos una comprensión de tipo hermenéutico de la crisis de nuestra cultura manifestada en las diversas formas de violencia y no un análisis teleológico determinista.

La forma como los Arhuacos piensan la naturaleza, viven con ella, excede cualquier discurso -sobre todo los de corte ecologicista y ambientalista- y nos muestra que existen otras posibilidades de pensar el mundo que deben ser tenidas en cuenta desde la reflexión. “Lo humano sin lo sagrado no es humano. Por ello, renunciar a Dios, también fue renunciar a la naturaleza como origen del hombre. Ello explica la superioridad inaudita que el hombre moderno a creído tener sobre la naturaleza.”¹² Superioridad que sólo puede volverse contra el mismo hombre. La cultura occidental hoy más que nunca, no es una cultura libre o tendiente a la libertad, sino tendiente a la enajenación. El artefacto tecnológico, no se utiliza en la mayoría de los casos, como medio de liberación sino como medio de opresión. Mirado casi siempre fuera de contexto, se convierte en objeto reductivo. Por ejemplo, cuando la ciudad se constituyó como moderna, una de las formas características de dicha modernidad era la racionalidad de sus espacios, la coherencia entre espacio público y edilicia, la posesión que la sociedad tenía sobre dichos espacios. En Colombia, la ciudad es más un sitio de desencuentro y alineación, que un sitio de libertad. Pero también, las ciudades colombianas son germen de



respuesta a los reduccionismos funcionalistas, son ejemplos vitales de posibilidades que Europa jamás habría imaginado.¹³

“La modernidad nace endeble: la razón autorreguladora es ya una aporía. Si la razón se normatiza a sí misma, ella, la normatizadora, debe estar fuera de la normatizada; ésta contradicción que ya vislumbran los autores de la dialéctica de la ilustración hace que la crítica a la modernidad entre en duda acerca de ella misma; sin querer renunciar a la razón, el discurso filosófico de la modernidad, plantea una

crítica a la razón centrada en el sujeto, por la egolatría que de esto se seduce y se explicita en la historia moderna.”¹⁴

La debilidad de la modernidad está en haber negado la diferencia, es decir en pensarse como única posible, como universal y omniabarcante. El “descubrimiento” de América se llama así, por la dominación que significó la llegada de los europeos; ellos pensaban que poseían la única posibilidad de verdad; la secuela ha sido, que nosotros creemos que son ellos los que continúan poseyendo la verdad. Pero hay quienes han construido sus verdades considerando la verdad europea como un grado relativo de verdad. Estas culturas que han sabido integrar las verdades, son las que actualmente, no sólo en América, sino en el mundo, se consolidan como culturas sólidas; como ejemplo se aprecia la gran riqueza de la cultura negra.

A la llegada de los españoles, “todas las actividades de los Mayas, por ejemplo, estaban destinadas a preparar la llegada o el contacto con los dioses. La finalidad

¹² *Ibidem*

¹³ Pégolis Juan Carlos. *Bogotá Fragmentada*. Universidad Nacional de Colombia, 1997

¹⁴ Noguera P. Op. Cit.

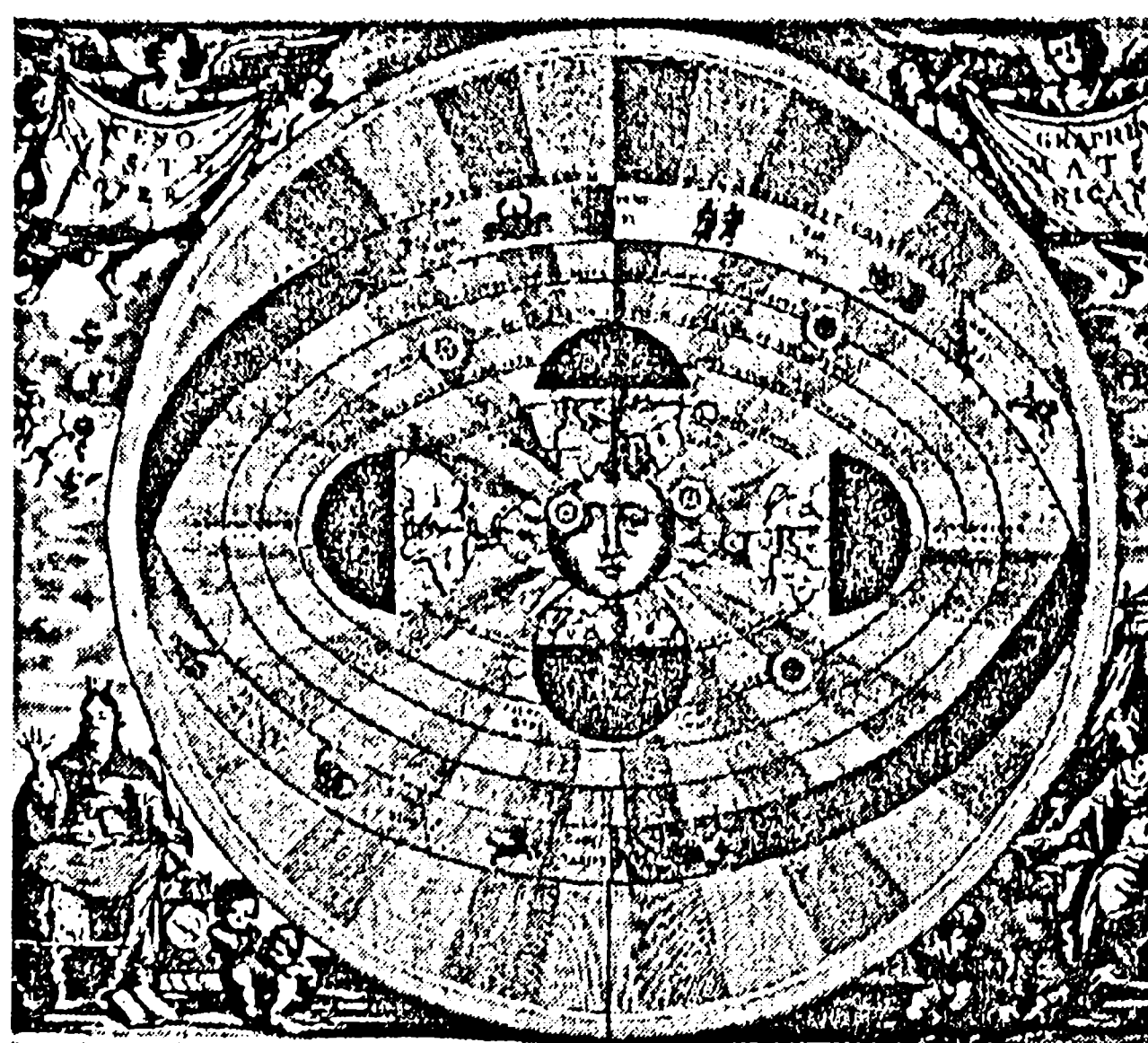
colectiva era una. Todos los pasos que permitieran el contacto con los dioses eran rituales de liberación; se buscaba llegar a Dios. El consumo del yagé y el peyote, en Amazonas y México, o la hoja de coca en los Andes, significaban ritos de consagración, o sea penetrar en el mundo sagrado. Esa además sigue siendo la sabiduría, en las culturas diferentes a la cultura occidental. Inversa es la sabiduría en la modernidad. Esta consiste en la salida de lo sagrado a lo profano. Y lo profano, como su nombre lo indica, es la pérdida de la trascendencia. Desde esta perspectiva, y en grados, la cultura occidental que llega a América es una cultura enajenada y la cultura precolombina es soberana. Dentro de esa diferencia, que establece un contexto bastante complejo, los rituales de los pueblos aborígenes, que permiten el establecimiento de contactos con la divinidad, son asumidos por la moral cristiana como demoníacos, y por la cultura del mercado, como elementos nuevos para vender en Europa; dentro del utilitarismo del comercio burgués, los alucinógenos, por ejemplo, son rápidamente utilizados como mercancía, a partir del siglo XVI. Mientras en América éstos constituyen el puente de unión entre el hombre y sus dioses, o sea, son objetos sagrados, en Europa, son vistos como medio de enriquecimiento económico. Esto sucede, por ejemplo con la coca. El consumo de la coca como narcótico constituía uno de los pilares culturales de las sociedades indígenas. Según sus leyendas, la coca tenía un origen divino.

Pérez de Barradas afirma que la masa del pueblo miraba la coca como un objeto sagrado y digno de admiración. Los sacerdotes de Bochica la usaban como anafrodisíaco y para prolongar sus ayunos; en el Perú su cultivo era privilegio en los Incas, los Hijos del Sol. La mezcla de lo divino y erótico en la coca, radica en que, según la leyenda, por voluntad de los dioses la primera planta de coca germinó en el cuerpo muerto de una bella cortesana.

A la coca los indígenas le atribuían todas las virtudes y bondades. Por ello, bajo el imperio de Mayta Capac, el cuarto inca, su esposa, la reina, por sus atributos y cualidades excelsas, era llamada por el pueblo, la reina de la coca.

Con el modernismo comercial, introducido por los europeos en Colombia, los objetos cambian de significado. Los sagrados pasan a ser mercancía disponible.

El sol, la luna, las plantas, los animales, el oro, los metales, y la incalculable fauna y flora (que se trató de calcular con la expedición Botánica, en la colonia), pasaron de ser seres respetados, temidos, admirados y amados por los indígenas, -quienes a través de sus leyendas mostraban la idea de ser copartícipes del todo, de la divinidad- a ser recursos para la explotación y



enriquecimiento de los europeos. Las ideas del humanismo ilustrado, que durante los últimos años de la colonia en nuestro país y durante la época de la constitución de la república, penetraron por medio de la alta burguesía criolla, educada en Francia e Inglaterra, contribuyeron profundamente a la reducción del concepto de naturaleza al de recurso, y a la objetivación del mundo para fines de un sujeto político, económico burgués.

Esta subversión de valores, establece la escisión cultural de nuestros pueblos dado que se da paso, forzado y extraño, de lo sagrado a lo profano, paso que ha producido en nuestras culturas un desconcierto que aún no ha terminado.¹⁵

¹⁵ *Ibidem*

Sin embargo, el desconcierto también ha producido reacciones importantes que son la base de lo que hemos llamado “contraculturas” término que no nos satisface pero que expresa el sentido de oposición a la imposición de los modelos de modernización. En dichas “contraculturas” o culturas de resistencia, está el origen de posibilidad de construcción de una cierta especie de modernidad en Colombia. Si la modernidad se había escindido también en su interior, sufriendo el mismo proceso de separación entre “forma” y “espíritu” la modernidad que proponemos consiste en la crítica radical, en el cambio de paradigma, frente a los racionalismos reduccionistas, es decir, la construcción de una cultura integradora donde los más elevados momentos de la razón reconozcan su origen: la naturaleza. Así, el artefacto, mediatizador entre el yo pienso y el yo siento no nos determinaría al extremo de olvidar nuestra condición natural, sino que nos permitiría darle mayor sentido a la relación entre la naturaleza ecosistémica y la naturaleza racional.

“Las determinantes de una identidad escindida desde su interior, hace trágico el signo de lo colombiano. Por ello, son la esfera del duelo, por la culpa de la separación, arraigada en la cultura católica colombiana y la esfera del trabajo, como forma de expiar la culpa permanente en el inconsciente colectivo, las esferas que más identifican al hombre colombiano.”¹⁶

Colombia, sin embargo, debe ser consciente de su modo de ser, de su cultura expresada en términos de diversidad e integralidad.

Si, Steiner, citado a T.S. Eliot (Notas con miras a definir la cultura); dice que **“La cultura no es la mera suma de varias actividades, sino que es un estilo de vida.”**¹⁷ la cultura en Colombia, es un plexo de formas de vida que en cada región se manifiesta de manera diferente. Ningún intento homogeneizante de orden alternativo, y lo decimos con cierta tristeza, ha podido penetrar en los colombianos. Por ejemplo el ideal de la paz y el de la democracia, tienen significaciones tan diferentes para cada uno de

nosotros, que terminan siendo punto de partida de hechos irracionales y absurdos.

El modo de ser de una región es su peculiaridad ambiental, es decir su forma de ser cultural y las relaciones de este ser con los ecosistemas.

La cultura urbana, entonces, es el mundo simbólico más alejado de la naturaleza ecosistémica; el dinero como mediador de los procesos de intercambio comercial, y como elemento fundamental de interacción social, es uno de los conceptos más abstractos a que ha llegado el hombre. Por ello, es en la ciudad moderna, donde las relaciones entre los hombres se manifiestan a través de elementos muy abstractos, contrario a lo que sucede en el campo, donde el hombre está muy mediatizado por la naturaleza, en la cultura urbana, las mediaciones se dan a través de artefactos, nuevas imágenes del mundo.

La concepción de mundo a través del artefacto, es un paso significativo en el distanciamiento progresivo del hombre con respecto a la naturaleza “objetiva”, paso que determina conceptos como recurso natural y calidad de vida. El concepto de recurso natural, inherente al racionalismo científico y al desarrollo tecnológico, reduce la naturaleza a cifras, centra el devenir del ser en el devenir del hombre, lo cual lleva al desequilibrio permanente que aqueja hoy día nuestra dinámica ambiental. La calidad de vida, sólo es pensada en calidad de vida para el hombre dentro de esta racionalidad restringida. Todo otro concepto de vida, es pensado en función del hombre.

Es necesario, desde esta perspectiva, tener presente, que debe realizarse un cambio de paradigma que descentre los conceptos del medio ambiente, mundo, vida y cultura, de ciertos sujetos cuyos intereses instrumentales, con respecto a la naturaleza “objetiva”, han llevado a los desacuerdos de los procesos de modernización misma.

Hacer aflorar la gramática de la cultura colombiana como diversidad y expresión, sobre todo, del

¹⁶ *Ibidem*

¹⁷ Steiner G. *En el Castillo de Barba Azul*. Barcelona: Gedisa

inconsciente colectivo, como horizonte ambiental, es la tarea primordial de nuestro trabajo.

Uno de los elementos más importantes para la comprensión de las complejas formas culturales urbanas y agrarias, tanto en lo físico como en lo propiamente simbólico es la literatura y el arte. A través del mundo poético, es factible hacer una lectura multidimensional de imágenes que a través del referente conceptual de modernidad, nos permiten tener una imagen de las formas de violencia de la vida cotidiana.

Por ejemplo, a través de la literatura caldense, puede hacerse una hermenéutica de lo manizaleño. A través de la obra de Carrasquilla, de García Márquez, o de la poesía de Silva, podemos comprender cómo los factores de urbanización y de ruralización, con todas las raíces que los dos van tejiendo de manera cada vez más en - redada, van estableciendo en el espíritu humano el sentido de pérdida, copresente con el sentimiento de ausencia.

“El yo se convierte en el revertor del deseo de destrucción del objeto amado perdido. De esta manera, asistimos al proceso de autodestrucción, -muy importante para nuestro estudio en torno a la problemática que se desarrolla entre el hombre moderno, escindido, y la naturaleza objetivada-autodestrucción que en términos generales, es la historia de la cultura, pero que en términos históricos particulares, determina más a las culturas separadas de sus dioses y sus mitos, que a las culturas soberanas. Las culturas con mayor grado de enajenación, tienden a buscar la destrucción o en su sentido negativo, la autodestrucción. A la inversa, sucede con las culturas soberanas, que en grado relevante buscan compartir la vida cotidiana a partir del reconocimiento de las alteridades.

La naturaleza objetivada, reducida a recurso, mediatizada al máximo por el dinero, es la que sufre las consecuencias de ese sentimiento autodestructivo. El deseo de enriquecimiento, la egolatría antropocentrista, el sentido monopolista de los modelos de modernización, se convierte en armas contra la misma naturaleza y el mismo hombre.

La historia está pasando a un nuevo estado del ser y el antiguo tiempo toca a su fin. Llámese como de llame ese tiempo, la crisis es profunda: la razón universal está llegando al crepúsculo, al atardecer. No es bueno esperar la noche para reconocer sus límites; es necesario ya, comenzar nuestra reconciliación. Las acciones siempre tienen su forma de expresarse en el mundo simbólico y los artistas siempre han sido profetas que anuncian el porvenir. ¿Será el grito de Edward Munch un lamento del hombre perdido en la soledad de una razón sin razón, de una razón que se ha vuelto contra sí mismo, dejándolo sin un lugar en la tierra?.

Es necesaria la reflexión sobre la cultura y la propuesta de una eticidad nueva, basada en un cambio de paradigma que permita el reconocimiento de la diferencia y de los límites. Pero, realizar esto significa mirar, desde dentro los procesos homogeneizantes del modernismo en Colombia, y construir participativamente, alternativas culturales críticas.

Las violencias, miradas desde nuestra perspectiva ambiental, son la manifestación de nuevos actores, nuevos escenarios y nuevas relaciones de un grado tan complejo de construcción, que la racionalidad política, económica, social y reduccionista de nuestra “modernidad” colombiana no ha podido comprender. Los ecosistemas son actores nuevos que aparecen como alteridades que actúan que transforman los mundos simbólicos, que inspiran a los artistas y que intervienen en las relaciones entre las comunidades, generando campos de fuerza complejos donde los flujos, las intensidades y las velocidades de las relaciones que acontecen en estos campos hacen cada vez más fragmentaria la posibilidad de una mirada unidireccional al problema de la violencia.

